

La chica que no creía en los príncipes azules

A.S. Torres

La chica,
que no creía
en los

príncipes
Azules

A.S. TORRES



Capítulo 1

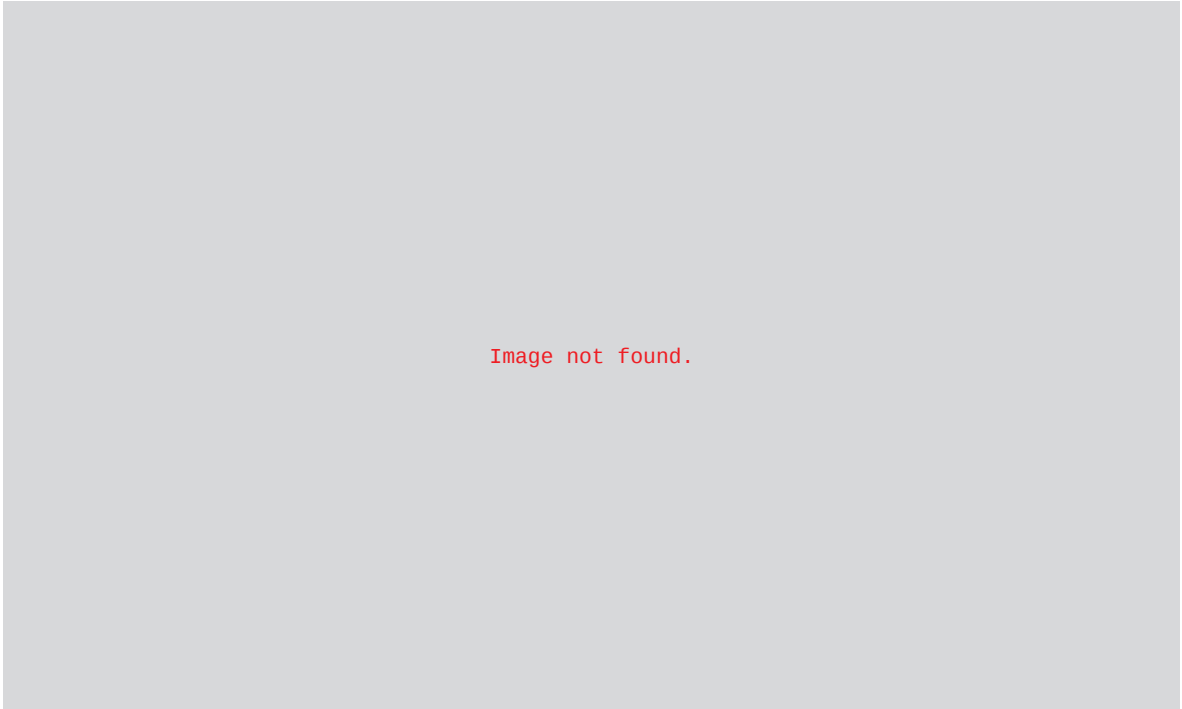


Image not found.

PREFACIO

—¡Renuncio! —grito muy segura de mí misma al tiempo que arrojo todos los papeles de mi escritorio al suelo.

Esto ya sobrepasa mis límites... Estoy cansada. Harta. Hasta la coronilla.

Con los dedos de una mano puedo contar las veces que he perdido el juicio. De todas ellas ésta es la peor, pero juro que tengo una excelente excusa. De verdad, una encantadora y sublime excusa: tengo diez años trabajando en esta empresa, trabajando arduamente para poder ascender y hacerme de un mejor futuro. He dejado aquí mismo mi vida, literalmente. La encuentro ahí, tirada y desecha a un lado de mi escritorio. Decenas de fines de semana sin salir para tener a tiempo los reportes, cientos de horas extras de trabajo que jamás han sido remuneradas, miles de silencios para no denunciar acosos de los que he sido objeto (solo porque no soy una soplona, me repito constantemente), en fin, mi sangre, mi sudor, mis lágrimas. Porque el mundo laboral es como una

jungla, solo el más fuerte sobrevive.

No soy de las personas que recurren a tretas para deshacerme de la gente que me estorba. Creo firmemente que mi mejor arma es el trabajo, mi esfuerzo... sin embargo acaban de darle el puesto de gerente a esa rubia alta y despampanante que no lleva ni tres años en la empresa. Sí, aquella que se contonea frente al director y que finge que se la ha caído la pluma para inclinarse a recogerla frente a sus narices. ¿De verdad aún funciona ese viejo truco? Al parecer sí, porque el Licenciado Robles ha caído redondito.

En fin... Que me ha cancelado las vacaciones porque "mientras aprende a dominar todas sus funciones" la rubia necesita de todo mi apoyo.

No, ella no necesita mi apoyo, en realidad necesita que le haga el trabajo porque puede echarse a perder la manicura si mueve un solo dedito de su perfecta mano.

Y he estallado. He arrojado los papeles al suelo ante la mirada atónita de mi jefe. Creo que incluso he levantado la voz porque noto las respiraciones agitadas de mis compañeros al otro lado de la puerta, estoy segura de que se han aglutinado afuera para ver si logran enterarse de algo.

Mis primeras vacaciones, diez días perfectos que he planeado con mucha, mucha anterioridad. Sol. Playa. Tragos. Noches largas mirando la luna mientras me olvido de que la tierra sigue girando sobre su órbita. Sola... Un tiempo para encontrarme conmigo misma, para darme cuenta que soy algo más que solo una empleada. Que aún hay algo dentro de mí, una parte humana que aún conserva la capacidad de asombro ante las cosas simples y hermosas de la vida, como la playa. Pero ahora mi jefe acaba de matar esa ilusión. Tomó un cuchillo y le asestó un golpe mortal. Y eso me ha hecho volverme loca. Completamente loca.

Lo miro bien, la furia comienza a asentarse en mi interior y es hora de ver si ha habido daños colaterales. Nada. En la oficina seguimos únicamente él y yo. Los demás deben de seguir allá afuera con el oído pegado a la puerta.

Él, que no ha logrado cerrar la boca durante los segundos que duró mi transformación demente, no ha dicho nada pero está mirándome de una manera extraña que no logro interpretar.

—Lamento mucho que se sienta usted incomprendida, señorita Lara, porque creo que esta empresa siempre se ha distinguido por apreciar por sobre todas las cosas el material humano. Supongo que tiene usted parte

de razón, nunca ha salido de vacaciones pero se le han cubierto todos los importes relacionados a las mismas, su sueldo siempre le ha sido pagado en tiempo y forma, se le han liquidado sus aguinaldos y se ha cubierto su seguro médico. Creo que esta empresa sí que le ha remunerado su trabajo —hace una pequeña pausa para tomar aliento para seguir con su perorata—. Si lo que la ha inconformado es que la Licenciada Loira haya obtenido la gerencia debe saber que fue debido a su preparación. Ella tiene una maestría en Negocios internacionales de la universidad de Lyon, usted no...

—Por supuesto —la ira se ha apoderado nuevamente de mí al escucharle decir tantas sandeces —, supongo que la obtuvo acostándose con el italiano que viene a buscarla todas las tardes, o con el ruso con el que estuvo alardeando más de un mes y que cayó redondito ante sus encantos, o quizá el francesito con el que se estuvo acostando durante el tiempo que duró su maestría en Lyon y ahora con usted, el mexicanito gracioso... Claro, para añadir un poco de picante al asunto. Muy internacional, sí, señor.

—¡Señorita Lara! —grita el Licenciado—. No se diga más, puede usted tomar sus cosas y largarse. Daré la orden de que la revise el guardia de seguridad al salir para que certifique que no se está llevando algo que no le pertenezca.

—¿Cómo qué? —pregunto de manera irónica —¿cómo esta vieja engrapadora? —la tomo y la arrojo contra la pared —, ¿o esta estúpida pluma que ya casi no tiene tinta? —la parto en dos y la tinta mancha su impecable camisa blanca. No me importa, ya nada me importa.

No hay vuelta atrás. Éste romance está arruinado, fue bueno mientras duró. Me tomó diez años de mi vida darme cuenta de que estaba hundida en una relación dispar. Yo siempre lo di todo, la empresa apenas lo necesario para mantenerme como una empleada corriente. Esto no era justo.

Todos los derechos reservados.

Código de registro 1705312472444

Capítulo 2

DEVUÉLVEME MI SUERTE.

Image not found.

En cuanto salgo de la oficina mis compañeros se dispersan fingiendo estar muy atareados y yo apresuro el paso intentando no hacer contacto visual para no ver sus miradas llenas de lástima. Doblo la esquina de prisa para llegar al parque, allí podré sentarme un rato para despejar la mente y pensar un poco pero una vez ahí mi mente no solo no se despeja sino que permanece en estado catatónico.

¿Qué demonios voy a hacer? Debo la hipoteca y mi madre, aunque no vive conmigo, depende prácticamente de mí. ¡Dios! Ahora que estoy sola (y sin trabajo) me pongo a pensar que quizá me excedí un poco.

¿Debería volver y pedirle disculpas al Licenciado Robles? No. No puedo hacerlo. Queda claro que necesito el dinero pero existe algo llamado dignidad y no puede uno simplemente pisotearla porque es como retroceder dos pasos cuándo apenas habías logrado dar uno.

Entonces me pongo a llorar. Lloro como una niña de cinco años a la que acaban de quitarle su peluche favorito. No sé qué más hacer.

Alguien se ha sentado a mi lado así que seco mis lágrimas, odio mostrarme débil ante los desconocidos.

No quiero tener una conversación ahora que estoy conectándome con mi Yo interior pero la chica me mira con curiosidad, saca un pañuelo

desechable de su bolso y me lo extiende.

—¿Está todo bien? —pregunta.

La miro, me parece que la he visto antes pero no puedo asegurarlo. Tomo el pañuelo por mera cortesía.

—No parece estar bien. En serio —asegura—. ¿Has terminado con tu novio?

La chica no parece conformarse con mi muda respuesta.

—¿Novio? No, no —afirmo y entonces pienso en todo lo que perdí durante esos diez años.

No tengo amigos, no tengo ninguna relación afectiva excepto la que mantengo con mi madre y ella no cuenta porque es mi madre, me quiere porque no tiene opción, soy su única hija. Estoy completamente por mi cuenta.

—Acabo de renunciar a mi trabajo y no sé qué voy a hacer —hablar ahora se hace un poco más fácil.

—Te entiendo. También estoy desempleada.

—Puedes ir a Industrias Mitran. Está aquí a la vuelta y hay una vacante —no puedo evitar sonreír entre lágrimas.

—¿Tan malo fue?

—No, no fue tan malo pero hay ciertas cosas que no se pueden tolerar como las injusticias. Le dieron el puesto de gerente a una rubia tonta solo porque se ha sabido mover muy bien.

—Lo de siempre, ¿no? Una lucha a brazo partido y llega una trepadora, hace uno o dos buenos movimientos y izas! Se queda con el premio gordo.

La chica es bien simpática y lleva a rastras ese aspecto de fracasada que al parecer nos va muy bien.

— Hace cuatro meses que estoy buscando trabajo y nada.

—¿Cómo has hecho para subsistir tanto tiempo?

—Vivo con mis padres, he querido independizarme pero no he tenido

suerte. Esta ciudad es dura, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Abril —respondo extendiéndole mi mano —. ¿Y tú?

—Yo soy Soledad pero suelen llamarme Sol, mucho gusto.

Le doy las gracias por el pañuelo y le pregunto si le apetece un café, niega con la cabeza, tiene una cita para una entrevista de trabajo y solo dispone de quince minutos pero me deja su número de móvil para que le llame más tarde, quizá podemos ponernos de acuerdo para vernos y platicar otro poco. Creo que es buena idea, quizá podamos ser amigas y al fin pueda interactuar con alguien que no tenga que ver con mi mundo laboral... Corrijo: ex mundo laboral.

Capítulo 3

CINCUENTA SOMBRAS.

Image not found.

Llamé a Sol por la tarde y quedamos de vernos al siguiente día. Salimos a tomar un café. En su entrevista no le fue muy bien, le dijeron que la llamarían y ambas sabemos qué significa eso: “no te llamaremos porque no cubres el perfil o quizá lo cubres pero está más buena la tía que está detrás” y luego hizo algo insólito, fue al departamento de Recursos Humanos de Industrias Mitran. Le dijeron que no había vacantes pero podía presentar examen para la bolsa de trabajo aunque eso sería en un par de semanas porque la Licenciada Molina se encontraba de vacaciones. Sol dijo que no perdía nada y quedó en volver más adelante.

¿Tan pronto me buscaron una sustituta? No es que me sintiera indispensable pero me siento un poco herida.

Ahora mismo estoy mirando a Sol mientras sorbe su café y noto que se siente un poco avergonzada.

—No estás enfadada, ¿verdad? —pregunta en cuanto vuelve a asentar la taza sobre la mesa.

—Por supuesto que no, no voy a volver ahí y he estado sopesando mis opciones, no es que tenga muchas pero debo empezar a moverme.

—¿Cómo la rubia? —pregunta y ambas reímos.

—No, no de esa manera —aclaró —, me refiero a que debo de buscar

empleo o empezar algo por mi cuenta.

—Por cierto, conocí a la rubia y tienes toda la razón, no parece muy lista —asienta el café sobre la mesa. —¿Y decías de empezar algo por tu cuenta? ¿Qué se te ocurre? —pregunta interesada.

—No lo sé. Aún no lo decido.

—¿Qué es lo que se te da mejor? —pregunta para ayudarme a sopesar mis posibilidades.

—La cocina ni hablar, hasta el agua se me quema. ¿Las ventas? —pienso otro poco—, no, soy pésima con las ventas y también con las relaciones humanas...

—Algo debes saber hacer bien.

—Escribir, creo que me relaciono mejor con mi ordenador que con cualquier ser humano. He escrito un par de artículos que se han publicado al menos en el diario semanal de la Universidad y en la revista mensual de Industrias Mitrán, por cierto, uno de ellos hablaba de las desigualdades en el mundo laboral entre hombres y mujeres. Patético, ¿no?

Sol me mira y abre los ojos como platos.

—¡Amo escribir! —confiesa—. He escrito novelitas rosas desde que tengo catorce...—sonríe soñadora —, no puedo asegurar que son buenas pero quizá con un buen trabajo podemos corregirlas, editarlas y venderlas.

—No lo sé —le digo dubitativa—. Sé que el mundo editorial es muy difícil.

—Creo que podemos intentarlo, Abril, ¡venga!

Sol es bastantepersistente, piensa que terminaré diciéndole que sí.

—No creo que pueda ayudarte con eso, en serio... Una cosa es que haya escrito artículos para un par de revistas de escasa circulación y otra muy diferente un libro.

Me parece que Sol es un poco ingenua. ¿Escribir un libro? Eso son palabras mayores.

—Vamos, al menos dame el beneficio de la duda, de verdad creo que mi trabajo es bueno, por supuesto necesita pulirse pero para eso te tenemos a ti. Podemos compartir autoría.

—Quizá podría echarle un vistazo —cedo un poco.

Si después de leer considero que sus novelas apestan escaparé por una ventana. Lo juro. —De cualquier manera debemos seguir buscando un trabajo normal, al menos después de un tiempo porque quiero tomarme un par de semanas libres. En verdad lo necesito.

—Espera —dice de manera soñadora como si no hubiese escuchado nada de lo que dije antes—. Estoy teniendo una gran idea.

—¡Ay, no! —suspiro.

—Sé que casi no nos conocemos pero debemos confiar la una en la otra.

—Confío en ti —aseguro aunque no soy del todo sincera, después de todo casi acabamos de conocernos, no sé nada acerca de ella.

—Vamos a escribir porque a ambas nos gusta pero debemos escribir algo que venda...

—¿Cómo qué? —pregunto interesada.

—Novela erótica.

Casi escupo el sorbo que le he dado a mi café sobre ella.

—¿Te has vuelto loca?

—Claro que no. Tómame un tiempo y revisa las listas de los libros más vendidos, son los eróticos, te lo puedo asegurar. Romance, un poco de sexo y ¡venta segura! Entonces ambas solucionamos nuestro problema, tú obtienes el dinero para pagar tus cuentas y yo para independizarme. ¿Qué te parece? Estaremos al 50/50. Es un trato justo.

—Espera, espera. No creo que yo pueda escribir algo de eso, ni siquiera he tenido un novio.

—¡Oh, vamos! No puedo creerlo.

Le sonrío porque es muy dulce de su parte pero no le creo absolutamente nada, solo intenta hacerme sentir bien para que le diga que sí.

—Estuve absorta en mi trabajo y nunca tuve tiempo para nada más —confieso.

—Eres muy linda, Abril, no creo que tengas problema alguno en encontrar novio, quizá eres un poquito anticuada pero con la ropa adecuada y un poco de maquillaje te verías divina —me hace a un lado un mechón de

cabello—. ¡Ah! Y con un mejor corte.

¿Acaba de decir que soy Betty la fea? Saco de mi bolso un espejo y me miro. Es verdad, me he olvidado de mí misma. No es que sea fea pero he olvidado que aún el más lindo jarrón necesita a veces una mano de pintura. Quizá el Licenciado Robles notó que mi apariencia no era la de una Gerente y siento un poco de pena por mí. Mi madre siempre dice que debes vestirme de acuerdo al puesto que crees que mereces, debí escucharla. Sea bueno o malo, justo o injusto, la apariencia es necesaria en esta sociedad y la mía deja mucho que desear.

—Bueno, bueno —retoma la conversación—, eso déjalo en mis manos, por suerte me encontraste, linda, soy muy buena en eso de la imagen. Venga —me dice poniéndose de pie y colocando un billete sobre la mesa—, ésta vez yo invito.

—De acuerdo.

Nos dirigimos hacia el tren subterráneo y una vez en la estación Central, caminamos hacia el este para llegar a mi departamento.

Abro la puerta y Sol entra mirando sorprendida el lugar.

—No pensé que pudiera existir un lugar tan pequeñito —hace una pausa—, y que alguien, cualquier persona, pudiese vivir en uno.

—Bueno, no es exactamente un penthouse pero cumple su función y además solo vengo a dormir. ¡Ah! Y es lo único que puedo pagar... Si es que no termino perdiéndolo todo.

—¡Oh, vamos! No seas negativa, es el primer principio para triunfar. Tienes que repetírtelo constantemente. Es como un mantra, recuerda que lo que piensas es lo que atraes.

—Tienes razón, probablemente no sea la persona más positiva pero ¿qué me dices de ti? Llevas desempleada algún tiempo, ¿acaso te has olvidado de repetir tu mantra?

—Sé muy bien lo que intentas —afirma muy segura —pero no lo lograrás.

Se echa hacia atrás y forma una cruz con sus dedos.

—Mira, te seré honesta. Mis padres me echaron de casa, ya sabes, dijeron “ya tienes 27 años, Soledad, ¿qué demonios piensas hacer de tu vida? Para este tiempo tu padre y yo teníamos en mente habernos deshecho de todos nuestros hijos para hacer lo que nos plazca, ir, venir, viajar, enamorarnos otra vez... ¿No piensas buscarte un trabajo? Hace 3 años que

terminaste tu carrera y no puedes seguir así". Y esa es mi historia. No sé hacer nada, literalmente y sabes que ya nadie se arriesga a contratar a alguien que no tenga experiencia en prácticamente ninguna cosa. Maldito mundo laboral, ¡es tan injusto!

Así que la han echado de casa. La miro bien, me sigue pareciendo una perdedora, igual que yo pero ya no tanto como me lo parecía antes.

—¿Y dónde te estás quedando? —pregunto interesada.

—Aún estoy en casa pero me han puesto un ultimátum, para el fin de semana debo irme, ¿te parece justo?

—Es justo, Sol, los hijos crecemos y los padres asumen que tomaremos el control de nuestras vidas. Ahora mismo estoy muy asustada pero no voy a acudir llorando a los brazos de mi madre —hago una pausa para pensar muy bien las cosas e intento haber un balance mental:

Pros:

Entre dos es más fácil pagar las cuentas.

Podemos turnarnos la limpieza.

Podemos turnarnos para cocinar.

Podemos dedicarnos a escribir sin perder tiempo (ni dinero) en ir y venir de reuniones de trabajo.

Contras:

En realidad no la conozco muy bien, parece buena gente pero he visto fotografías de asesinos en serie que también lo parecían.

Decido arriesgarme, Sol parece una buena chica.

—Estoy pensando que puedes venir a vivir conmigo, nos sería más fácil trabajar y podemos pagar las cuentas entre ambas.

—No te ofendas, Abril, aprecio mucho la oferta pero es que no sé si dos personas puedan vivir aquí. Me pregunto si no tropezaríamos la una con la otra cada dos segundos.

—¿En donde vives tú?

—Bueno, mis padres viven en los Pedregales.

Ahora lo entiendo todo, Sol es una chica que ha tenido la suerte de nacer en buena cuna. Probablemente ni siquiera tenga necesidad de trabajar, ¿entonces por qué su desesperación?

—No entiendo, no creo que necesites el dinero.

— Se trata de orgullo, quiero demostrarles a mis padres que no soy una buena para nada. Por supuesto que podría trabajar en la empresa de mi padre pero no quiero. Quiero salir adelante sola y además, me echaron, ¿recuerdas?

—Así que en realidad solo quieres darles una lección.

—Quizá quiero dárselas pero tal vez termine dándomela yo misma.

Creo que Sol es una chica agradable y que merece mi confianza, quizá no se ha tomado en serio la vida pero creo que no podría tener mejor compañera de piso, así que le insisto, —Piénsalo, en serio. No tendrás que perder tiempo en buscar otro sitio y si te pusieron un ultimátum no creo que haya mucho qué pensar. Múdate y ya luego con calma, si no te sientes a gusto buscas otro sitio. Te prometo que soy buena compañera, no me meteré en tus cosas, solo tengo una regla: nada de chicos.

Sol se echa a reír.

—No tienes qué preocuparte por eso, hace exactamente seis meses rompí mi compromiso y desde eso no tengo ni una pizca de ganas de meterme en otra relación tormentosa, por lo menos no una seria.

—¿Tan mal te fue? —pregunto curiosa.

—Era un imbécil, estaba engañándome con mi mejor amiga. Lo descubrí por accidente —responde cómo intentando restarle importancia—. Él me dejó una noche en casa, estaba un poco pasado de copas y olvidó su celular. Cuando sonó me extrañó ver su nombre en la pantalla y sentí curiosidad, quería saber por qué le llamaba casi a la media noche. Así que revisé su teléfono y no sabes el tipo de mensajes que se enviaban.

—Lo siento mucho —le digo cuando noto que cierra los ojos como si quisiera borrar la escena de su cabeza.

—Íbamos a casarnos, ¿puedes creerlo? Y ella lo sabía, ¿cómo pudieron hacerme algo así?

—No valen la pena —no se me ocurre que más decir.

—No importa, le devolví el celular al siguiente día y el anillo también. No volví a contestar sus llamadas, luego dejó de insistir y heme aquí, ¿qué te parece?

Vuelve a sonreír como si no hubiese pena que pueda engullirla. Me gustaría tener un poquito de su seguridad.

—Creo que eres admirable.

—No, yo creo que tú eres admirable, todo lo que tienes lo has logrado con mucho esfuerzo y además te atreviste a mandar al diablo al imbécil de tu jefe, mira que eres valiente!

Le sonrío.

—¿Entonces qué? —pregunto.

—Recojo algunas cosas y vengo a instalarme, hoy nos damos permiso de pasar la tarde pero mañana mismo imanos a la obra!

Capítulo 4

VECINO INVASOR.



Las historias de Sol no son tan malas, quizá les hace falta un poco de trabajo, un poquito de color por aquí y otro poco por allá. Ella me mira entusiasmada cuándo alabo su labor, es como una niña pequeña y no la hemos pasado tan mal.

Ella se instaló la otra noche tal como habíamos acordado, adaptamos el cuarto de lavado y nos hemos acoplado bastante bien. Es pésima en la cocina, igual que yo pero nos hemos arreglado. Por suerte tengo algunos ahorros, por lo que puedo sobrevivir algunos meses, así que tener un apoyo para pagar las cuentas no me ha caído nada mal. Ella se ha adaptado fácilmente a mi pequeño departamento y hemos estado trabajando hasta altas horas de la noche. Hoy por ejemplo, apenas hemos dormido, yo hago algunas correcciones mientras Sol agrega capítulos picantes que me hacen sonrojarme cuando los leo.

—¿De dónde sacas todas esas ideas? —pregunto de manera retórica pero Sol no se da por enterada y sonrío.

—La vida, querida, amiga... La vida.

Le devuelvo la sonrisa y le digo que mientras ella termina de escribir un capítulo que había dejado inconcluso yo iré a ver a mi madre porque tiene casi dos semanas que no me asomo por ahí y aunque hemos hablado por teléfono ella comienza a echarme en cara mi falta de tacto. No le he dicho que renuncié a mi trabajo porque sé que comenzará a preocuparse. Tomo un poco de mis ahorros especiales que tenía

separados para mis vacaciones y los coloco en el bolsillo de mi chaqueta.

Salgo de ahí prometiendo que no tardaré. Cuando bajo las escaleras me topo con los gemelos, son mis vecinos, viven en el primer piso y los saludo, me piden que tenga cuidado porque están subiendo un sofá y me hago a un lado para que puedan pasar sin contratiempo, el espacio es pequeño y no cabemos todos. Al parecer tendremos nuevo vecino, es lo que dicen los gemelos, alguien se muda al departamento 303. Les sonrío y les pido que tengan cuidado con el mueble cuando uno de ellos trastabilla y pierde el equilibrio, el cual, recupera milagrosamente.

No le doy importancia al hecho hasta que me topo con el vecino nuevo escaleras abajo. Es muy guapo y además educado porque ha dicho “buenas tardes” sin dudar. Le devuelvo el saludo y apuro el paso.

Tomo el tren subterráneo y pienso que hace mucho tiempo no me gusta nadie. Es triste. La última vez que me enamoré fue en la escuela Preparatoria, se llamaba Daniel y era el típico chico con aspecto oscuro por el cual todas se derretían. Obviamente jamás se enteró de mi existencia, lo supe en cuanto le di mi anuario para que firmara.

“Hey, tú, como sea que te llames, suerte en la vida”.

Y me lo devolvió sin siquiera mirarme. ¡Bah! Me repito mentalmente, probablemente ahora sea un fracasado y medio calvo al cual ni siquiera reconocería si me lo topara de frente en la calle.

Cuando salgo de la estación camino el par de cuadras que me faltan para llegar a casa de mi madre y apresuro el paso hasta llegar a su puerta. Mamá me abre con una cálida sonrisa. Me dice que hay un poco de flan en el frigorífico y que lo ha guardado especialmente para mí. Así es ella, siempre haciéndome sentir especial. Le cuento algunas mentiras acerca de mi trabajo y ella se las traga completitas. Hablamos de algunas cosas de familia sin importancia (al menos vital porque me ha contado que mi prima, Anabel, espera su segundo hijo), lo cual, la lleva a preguntarme, por enésima vez, si nunca pienso darle nietos.

—Mamá —respondo entornando los ojos—, aún tengo 27 y no me corre prisa.

—Pero es que me preocupa tanto que vayas a quedarte sola. Algún día moriré, ¿sabes? Y no me iré tranquila, hija. Una mujer debe tener una familia.

—No en estos tiempos, mamá —aclaro—, ahora las mujeres tenemos miles de opciones para ser felices, como hacer una carrera exitosa,

viajar...

—Y envejecer rodeada de gatos —me interrumpe.

—Mira, ya veremos, ¿de acuerdo? —corto de tajo la conversación porque sé de memoria el sermón y que no llegaremos a un acuerdo. La beso en la mejilla y saco de mi bolsillo el dinero y se lo extiendo.

—Sabes que puedo arreglármelas sola —dice y sé que no es verdad. Lo que gana con las reparaciones de ropa apenas le da para comer. Es una suerte que mi padre ya hubiese terminado de pagar la casa cuando se marchó de este mundo.

Extraño mucho a papá, era el único hombre sobre la tierra para el cual yo era mucho más que una princesa.

Mi madre toma el dinero porque sabe que lo necesita y luego me recuerda que aún hay un flan que me espera, le digo que tengo algunos aún algunos pendientes por resolver y entonces lo coloca en una tartera y me lo extiende. Le doy otro beso y le digo que la llamaré pronto. Apresuro el paso para tomar nuevamente el tren, no me gusta viajar cuando ya ha oscurecido. Una nunca sabe.

Cuando vuelvo a casa, Sol no está. Busco por encima de la mesa a ver si dejó alguna nota pero no encuentro nada. Entonces me meto a la ducha e intento relajarme. Amo mucho a mi madre pero cada vez que la visito me pide nietos y es un poco estresante aunque intento entenderla, supongo que me ve como un caso perdido.

Sol abre la puerta pasadas las nueve de la noche y apenas me ve hace un elocuente gesto. —¡No vas a creer lo que pasó!

—¿Qué? —pregunto interesada al mismo tiempo querecojo mi cabello, aún húmedo, en una cola.

—¡Un nuevo vecino!

—Sí —respondo de manera torpe—, me lo topé en las escaleras cuándo bajé para ir a casa de mi madre.

—¿Verdad que es guapísimo?

Por supuesto que es muy guapo y Sol probablemente sea su tipo de chica. Mi amiga es hermosa, tiene un cabello largo color chocolate que se mueve

de un lado a otro mientras camina y unas preciosas cejas que enmarcan sus ojos color claro, además se viste con estilo. Qué mala suerte que tengo.

—Sí, pero no es mi tipo —miento descaradamente.

—¿Y cómo es tu tipo? —pregunta cruzándose de brazos y mirándome inquisitivamente —¿Uno que se parezca a Leonard, el de esa serie de nerds que tanto te gusta?

—¡Ay, vamos! No soy tan predecible, ¿o sí?

Sol se echa a reír y se acerca como para decirme un secreto

—Se llama Manfredo—hace una cara graciosa —, por suerte todos le llaman Fredo o te juro que me pego un tiro.

Me echo a reír por lo bajo.

—Es un nombre horrible.

—¿Pero a qué está buenísimo?

—Ya te dije que no es mi tipo —aclaro intentando recuperar la seriedad.

—No te creo nada, si te fijaste en él al bajar las escaleras es porque también notaste que el tío está más bueno que el flan de chocolate que preparaba mi abuela. Tú no sueles fijarte en las personas aunque las tengas a dos centímetros de distancia. Es más, hagamos la prueba —se da la media vuelta y se cubre los ojos —, ¿de qué color son?

—Mmmmm —murmuro —, sé que son claros pero no recuerdo exactamente el tono, ¿azules? —pruebo decirle.

—¡Son grises! —responde haciéndose la ofendida— ¿Ves? Ahora—hace una pequeña pausa —, ¿de qué color son los ojos de Fredo?

—Me parece que son color miel.

—¡Perfectamente bien contestado!

—Eres tan tonta —le digo.

—Pero sin mí tu vida sería muy aburrida, ¿a que sí?

—Ya, ya —le digo para que nos pongamos serias —. Vamos a trabajar

porque estamos atrasándonos, ¿en qué nos quedamos?

—En que Alessandro entra en la alcoba de Sofía y... tan, tan, tan tan —su musiquita de suspense no me impresiona, así que tomo las hojas que me extiende y las leo—, ¿de verdad que esto vende? —pregunto sin creer aún que podamos estar perdiendo el tiempo en estas niñerías.

—¡Por supuesto! Ya lo verás—, recupera las hojas que le devuelvo y se sienta frente a la computadora portátil—, estaba pensando en nuestro seudónimo. Debemos tener uno.

—¿Y qué se te ha ocurrido? —vuelvo a tomar las hojas que ha asentado en el pequeño escritorio.

—¿Qué te parece Sol de Abril? —entorna los ojos soñadora.

—¡Ay, por Dios, Sol! ¡Suenan ridículo!

—Mientras más ridículo más fácil será que lo recuerden —y retrocede a la primera página en donde coloca el nombre y agranda la letra—. Luce perfecto —declara y no hay manera de decirle lo contrario, así es Soledad, abrumadoramente obstinada.

Como no tengo sueño me quedo despierta corrigiendo nuestra novela, Sol quiere titularla "Sexting amanecer" haciendo clara alusión al inicio de la relación de nuestros personajes, la cual se lleva a cabo por medio de mensajes de texto pero le he dicho que de ninguna manera plasmaré mi nombre (al menos el de pila) en un libro que lleve un título tan espantoso.

Me río un poco. Soledad está un poco loca y es bastante desinhibida pero es mi única amiga y comienzo a tomarle cariño.

Antes de cerrar el ordenador portátil elijo una linda tipografía y coloco el título de la novela: "La chica que no creía en los príncipes azules". Me parece que es lindo y completamente afín a nuestra heroína Sofía, la cual después de varias decepciones amorosas se ha dedicado a herir a los hombres, los enamora para luego abandonarlos.

Estoy segura de que Sol amará el título.

Capítulo 5



UN DOMINGO CUALQUIERA.

Es domingo, así que Sol y yo decidimos que podemos «y merecemos» darnos un descanso. Hemos trabajado arduamente y necesitamos salir del pequeño apartamento para tomar un poco de aire fresco. Caminamos un poco por el centro, Sol se detiene cada cinco minutos cuando descubre algo que le gusta en los aparadores de los comercios.

—Un vestido así te quedaría divino —dice y yo niego con la cabeza.

—No puedo permitirme ningún gasto superfluo —aseguro—. Al menos no por ahora.

—¡Hey, mira! —dice señalando a la rubia de Industrias Mitran que ahora pasea del brazo de un chico que parece ser alemán o quizá holandés.

—Ahora practica para el doctorado —aunque luego de hacer el comentario me siento un poco mal. Después de analizar a fondo al personaje principal de nuestra historia descubrí que tenía una razón para ser así, la rubia debe tener la suya. Cruzo la acera para no tropezar con ella y Sol se va detrás de mí.

—Te prometo que algún día ya no tendrás que esconderte de nadie —me toma por el brazo y recarga su cabeza en mi hombro como muestra de solidaridad.

—Espero que no suceda como la última vez que mi madre lanzó una

sentencia sobre mí.

—No quiero oír esa anécdota, ¿verdad?

—Estoy segura de que no.

Paseamos otro poco, hasta que mientras miramos en un almacén departamental, Sol me da un codazo que hace que me duelan las costillas

—Parece ser el día de los encuentros casuales, mira quién está viendo las mesas.

Me vuelvo intentando no ser demasiado obvia y después me giro violentamente hacia mi amiga. Fredo acaba de voltear hacia nosotras «supongo que alentado por la mirada insistente de Sol», y se nos acerca sonriendo.

—Hola, Soledad y... —hace una pausa porque no sabe mi nombre.

—Abril —le dice mi amiga para presentarnos, luego me toma por el brazo y me sujeta con fuerza.

—Y Abril —repite con un autómatas Fredo que me mira divertido, quizá porque estoy intentando ocultarme un poco detrás de mi amiga—. ¿Qué hacen por aquí?

—Paseábamos. Hay que darle un descanso al cuerpo.

Ahora que estamos frente a frente y puedo observarlo a intervalos cortos, Fredo parece mucho más guapo de lo que me había parecido antes y es obvio que me gusta o no seguiría escondiéndome detrás de Sol. La verdad es que me siento un poco avergonzada, mi amiga luce perfecta aún en jeans y con su ligera playera blanca mientras yo debo lucir como la Cenicienta antes de que se apareciera el hada madrina. Llevo una vieja playera negra de Metallica y unos jeans rotos. No, no los he comprado así «aunque sé que están de moda», se han roto de tanto que los he usado.

—¿A qué se dedican? —pregunta interesado y talvez alentado por la respuesta de Soledad.

—Estamos... —Sol abre la boca e intervengo rápido para callarla

—¡Hacemos cup cakes!

—¿Y eso deja dinero? —pregunta Fredo mirándome divertido.

—Bueno, recién comenzamos con el negocio —agrego intentando no

titubear.

—Me parece genial.

Sol me echa encima una mirada que no logro interpretar y vuelvo a apretujarme a su lado.

—Abril renunció hace poco a su trabajo y yo llevaba varios años buscando algo sin suerte.

—Estupendo, tengo una fiesta el próximo sábado, ¿podrían hacer algunos para mí? ¡Ah! Y por supuesto que están invitadas.

—Claro, claro —le digo, llevándome la mano libre a la cabeza.

—Bueno, debemos irnos —dice Sol y me jala por el brazo ya que no he dejado de aferrarme a ella.

Nos sentamos en la cafetería de la tienda departamental y pido una cerveza. Realmente la necesito, Sol no ha dejado de decirme que no debí abrir la boca:

—No debes abrir la boca si no vas a decir nada inteligente —es la quinta vez que lo repite—. ¿Cup cakes? ¿Enserio? ¿De dónde sacas tus ideas? ¿De los shows de la televisión? ¿De las películas del cine?

—¡No se me ocurrió nada! —me defiendo—. ¿O qué, “Estamos escribiendo un libro erótico” te parece una mejor respuesta?

—¿Qué demonios está mal contigo?

—Nada —me cruzo de brazos y cuando llega el mesero le doy un trago largo a mi cerveza.

—¿Ahora que vamos a hacer?

—Decirle que tenemos muchos pedidos y que no tendremos tiempo, además creo que solo estaba tratando de ser amable.

—No, Abril, no podemos decir eso, tal vez nos hubiese creído si se lo hubiéramos dicho en el momento pero ahora ya no. Solo quedaremos como un par de locas mentirosas.

—A mí no me importa, por mí puede pensar lo que le venga en gana.

—¡Ay, por favor! No seas niñita, ¡por supuesto que te importa!

—Es solo un tipo, ¿de acuerdo?

—Pero uno que te gusta.

—No me gusta —bebo nuevamente y ella me observa detenidamente. Ya sabe que estoy mintiendo.

—Espera, ¿crees que a mí me gusta y por eso lo niegas?

—No me importa si te gusta.

—¡Oh, por Dios, Abril! ¿Enserio? —insiste.

—¿Te gusta?

—¡Noooo! —grita y ahora todos en el restaurante saben que a Sol no le gusta Fredo—. ¿A ti sí? —y ahí va de nuevo.

—Ya te dije que no.

—¡Por supuesto que te gusta! Pero probablemente ya hasta has olvidado lo que se siente. Te has olvidado tanto de ti.

—He hecho lo que he debido hacer. Estaba enfocada en mi trabajo. Ya te lo dije.

—No es verdad, creo que en realidad te mueres de miedo de tener una relación, crees que no te la mereces.

—No enfoco mi vida de ese modo, ¿de acuerdo? No es lo primordial para mí, antes quiero realizarme laboralmente y además déjame decirte que como psicóloga te morirías de hambre.

—Pero, amiga, la vida pasa frente a tus ojos y estás dejándola ir. ¡Oh, por Dios! —exclama como si alguna verdad le acabase de ser revelada— ¡Eres virgen!

—Sí, claro —vuelvo a cruzarme de brazos enfadada —, grítalo más fuerte, me parece que aquél señor, sí, el que está hojeando los libros —señalo hacia el fondo de la tienda —no te escuchó.

—Me habías contado que no habías tenido un novio, sí, pero claro, eso no significaba que no hubieses tenido una aventurilla —murmura por lo bajo.

—No es tan importante, Sol —digo en plan defensivo.

—Sí, probablemente el sexo está sobrevalorado —se encoge de hombros
—pero no me digas que no te gustaría enamorarte.

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, correr prisas no me ayudará a encontrarlo más pronto, solo me llevará a equivocarme y a elegir erróneamente.

—A veces eres muy sabia ipero igual cuando abres la boca lo echas todo a perder!

—Vamos ya que no puedo pagar más de una cerveza —la bebo hasta el fondo y echo un billete en la mesa, Sol me imita y nos echamos a andar de vuelta al apartamento.

—No me dijiste que haríamos —dice.

—Haremos los jodidos cup cakes.

—¡Abril, soy malísima en la cocina!

—Pues toma un curso en Youtube o lo que sea pero tenemos que llevarlos a la bendita fiesta.

—¿Entonces iremos?

La miro, no sé por qué presiento que esto no traerá nada bueno.

—Iremos —le aseguro y entonces Sol me sonrío y apresuramos el paso.